

Leer a Gramsci

HORACIO CRESPO

Antonio Gramsci, Cuadernos de la cárcel, Ediciones Era/Universidad Autónoma de Puebla, 6 vols., 2000-2001.

Valentino Gerratana, responsable de la edición crítica de los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci, inicia su demanda acerca del sentido de la obra del político comunista italiano con una cita notable de Italo Calvino: "Un clásico es un libro que no ha terminado de decir aquello que tiene que decir". De esta manera, instala al texto en las posibilidades diferenciadas de su consumo, en las distintas temporalidades de lectura, en las múltiples alternativas hermenéuticas que es capaz de suscitar. Un clásico es un libro que interpreta su tiempo y sigue actual en otro, responde a distintas generaciones de la que fue su destinataria inicial, sigue diciendo en nuevos contextos, frente a nuevos problemas e interrogantes, ajenos a los contemporáneos de su escritura.¹

Preguntarse acerca de claves de lectura en términos de la cuestión de la clasicidad de Gramsci no conduce, sin embargo, al facilismo de la contraseña consagratoria, sino que nos enfrenta de inmediato, ineludiblemente, con sus propias condiciones de producción como intelectual de total compromiso con la transformación social. Los llamados Cuadernos de la cárcel, la obra de Gramsci que más importa, al menos para Gerratana, Kolakowski y en buena medida podemos coincidir con ese juicio, fue de inicio una obra póstuma. Para ser leída, debió ser superada la época de su elaboración, la del fascismo triunfante. Su materialidad precisa, los treinta y tres vulnerables cuadernos escritos "con letra menuda y obsesiva" entre 1929 y 1935 en las crecientemente difíciles condiciones físicas y psicológicas del cautiverio en las cárceles de Mussolini, tuvieron que ser puestos a salvo después de la muerte de Gramsci en una clínica romana, el 27 de abril de 1937, por su cuñada Tania Schucht. Aconsejada por el economista y amigo Piero Sraffa, los cuadernos tomaron el camino de Moscú, a donde llegaron en 1938. Togliatti, en ese momento en España, recibió copias y comenzó a trazar los primeros proyectos de publicación, interrumpidos por la guerra. Luego de la liberación, y la iniciativa siempre alentada por el secretario general del comunismo italiano, el material comienza finalmente a aparecer, en una primera versión -a cargo de Felice Platone, quien había acompañado a Gramsci en la redacción de *L'ordine nuovo*, y bajo el sello editorial de Giulio Einaudi-, que es la que se conoció a través de innumerables impresiones en italiano y en muchas otras lenguas: entre 1948 y 1951 los Cuadernos se convierten en los conocidos *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce* (1948); *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura* (1949); *El Risorgimento* (1949); *Note sul Machiavello, sulla politica e sullo Stato moderno* (1949); *Letteratura e vita nazionale* (1950); *Passato e presente* (1951). Facilitó su difusión, sin duda, la decisión de reunir las notas de Gramsci bajo el criterio de homogeneidad temática y publicarlas en volúmenes separados, en buena medida legitimada por algunas indicaciones dispersas pero precisas del mismo autor. Y sobre este corpus que otorgó legibilidad, accesibilidad -y esta fue la preocupación política fundamental de Togliatti y los primeros editores-² se edificó su conocimiento y la hermenéutica que consagró a Gramsci

como uno de los autores marxistas más importantes del siglo que terminó recientemente.

Gramsci fue arrestado por la policía fascista el 8 de noviembre de 1926. El 4 de junio de 1928 un tribunal especial lo condenó a veinte años y cuatro meses de reclusión, posteriormente reducida -irónicamente, entre los fastos celebratorios de los diez años del fascismo, en 1932- a doce años y cuatro meses. Trabajosamente, Antonio Gramsci asume un proyecto intelectual que se convertirá -reactualizando el núcleo biográfico acuñado en la infancia plena de durezas y dificultades en la natal Cerdeña- en la articulación vital de su sobrevivencia en las duras condiciones de la prisión, y cuyas vicisitudes de elaboración, las idas y vueltas de su gradual afirmación rigurosa, son cuidadosamente registradas por Gerratana en el prefacio a la edición crítica cuya final aparición completa en castellano motiva esta nota. Un diseño de investigación cuyo tema principal va decantándose como el análisis del papel jugado por los intelectuales italianos en la historia de su país, aunque por supuesto que a partir de este enunciado hay que evitar los riesgos de una evaluación reductiva apegada a lo empírico de su desarrollo, que desvirtuaría tanto los objetivos que Gramsci se había fijado como los resultados que logró. Un proyecto für ewig, en el sentido goethiano, "desinteresado", en palabras en las que alude a él en varias de las cartas enviadas desde las cárcel, cuya significación política debía y debe leerse superando una visión estrechamente pragmática del marxismo. Las condiciones peculiares, ineludibles, de su concreción no pueden escindirse de la censura carcelaria, cuyas marcas están en esa misma condición für ewig, alejada de toda inmediatez política, y se hacen evidentes en el texto gramsciano, en las huellas que acusa la lengua, la escritura, reiteradamente elusiva, de las cuales los ejemplos más recurridos son la ya consagrada referencia al marxismo como "filosofía de la praxis", o al "fundador de la filosofía de la praxis" en la mención de Karl Marx, o a "Ilich" en relación al jefe bolchevique. También en la inexistencia obligada de cualquier alusión concreta al contexto histórico que lo rodea, que está presente sin embargo como la condición misma de su reflexión, tanto inmediata íde qué perentoria forma!, como genérica-abstracta: el fascismo en ascenso como definición de época y la afirmación del estalinismo, el socialismo en un solo país, la colectivización e industrialización forzadas, como forma adoptada por la continuidad de la revolución rusa. También, en la criba sesgada de las lecturas que se registran en los Cuadernos y en la forzosa ausencia de otras. Visibles en el soporte material inmediato, los modestos cuadernos escolares, las autorizaciones para utilizarlos y su registro, firmadas por el director de la cárcel, los sellos, las hojas numeradas y timbradas. Conmueve la constancia de la lucha permanente de Gramsci por ampliar las autorizaciones de lecturas, por fijar un derecho fundamental -como expresa en el borrador de una petición de 1930 dirigida al jefe de gobierno-: "Se trata de libros anodinos e insignificantes [para los que reclama autorización], es verdad, pero se trata para mí, que aún debo descontar 15 años de reclusión, de una importante cuestión de principio: saber con exactitud qué libros puedo leer". Incluso, en octubre de 1931, en otra petición también dirigida a Mussolini, por incluir a Trotski, a Marx y a Engels, entre los libros autorizados, y aun algún texto menor de Lenin. Esas marcas de la censura están cuidadosamente registradas en la edición crítica que comentamos y constituyen un documento fundamental para recrear las verdaderas condiciones de elaboración de los Cuadernos, junto con la penosa e inexorable evolución de su enfermedad y las malas condiciones carcelarias: periodos de aislamiento, "tumultos nocturnos", insomnios, fuertes angustias psicológicas.

La lectura inicial de Gramsci fue posibilitada por la superación histórica de la época que enmarcó la producción de su obra. Con la derrota del fascismo se logró la libre circulación de sus escritos en Italia. Sólo para encontrarse con otra censura, velada e insidiosa, solamente superada en parte por la voluntad de Togliatti de publicar la obra de su camarada. El estalinismo en su apogeo consideraba a Gramsci un "autor maldito", reflejando la larga historia de desavenencias entre el dirigente italiano y el movimiento comunista internacional cada vez más influido por Stalin, y que quizás hubieran conducido a su expulsión del pci si la muerte no hubiera interrumpido el curso de las cosas. Gramsci había escrito en octubre de 1926, semanas antes de su detención, una carta en nombre del Buró Político del Partido Comunista de Italia al Comité Central bolchevique en la que señalaba que las luchas de tendencias dentro del partido soviético terminarían con la función dirigente que había logrado con Lenin. La carta, prudentemente, fue detenida por Togliatti antes de llegar a sus destinatarios. Luego se opuso a la política sectaria del llamado "tercer periodo" de la Internacional Comunista (1929-34) y expresó su condena al primer proceso de Moscú en 1936, que comenzó el momento más brutal del terror estalinista. Pero además, en su obra se encuentran los elementos posibles para enhebrar, a la vez, una explicación sociológica y una crítica política de "izquierda" al estalinismo, que en textos de interpretación como el de María Antonieta Macchicchi termina enlazándolo con el maoísmo de la época de la Revolución Cultural.³ Cuando sus escritos finalmente se conocieron, a través de los volúmenes temáticos que ya mencionamos, "la irritante desconfianza sólo pudo expresarse en la deformación y en el recortamiento de todos sus costados conflictivos. Todo aquello que contradecía las sagradas escrituras estalinianas debía ser ocultado para convertir a Gramsci en un leninista avant la lettre [leninista en la acepción estalinizada del término, H. C.] especialmente su concepción del partido revolucionario", como dice José Aricó, uno de sus más tempranos traductores y de los más importantes difusores e intérpretes intelectuales y políticos de su obra.⁴ Así, en el decir de Aricó, "Gramsci se vio relegado a la condición de un 'heterodoxo' al que había que silenciar o manipular", en la recepción comunista de finales de la década de los cuarenta, que se extendió soterradamente durante un periodo mucho más dilatado.

De suerte que, en cierta manera, podemos considerar a Gramsci un autor de los sesenta. Un autor propio de los comienzos de ese momento crepuscular del marxismo como movimiento mundial que se abrió en el esperanzado deshielo de la desestalinización inaugurada con el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y terminó con la caída del muro y la implosión soviética entre 1989 y 1991. Conceptos fundamentales de la estrategia revolucionaria gramsciana como hegemonía y bloque histórico, el papel de los intelectuales y la conformación del partido revolucionario, y una mirada profundamente innovadora sobre la función de la conciencia en la construcción de la realidad y las relaciones problemáticas y nada mecánicas entre estructura y superestructura necesariamente encontrarían lectores ávidos en ese periodo en que la revolución se actualizó y el pensamiento crítico emergió como esencial contenido del marxismo, desechando ortodoxias y pulverizando certidumbres de "leyes" y "objetividades" obligatorias y desangeladas.

Regresando al sugerente análisis de Gerratana acerca de la cuestión de la clasicidad de Gramsci, las condiciones de producción y circulación inicial de su obra la colocaron obligadamente en situación de interlocución con generaciones distintas a las de su contexto

inmediato de producción, colocándola en esa singular pero en el caso todavía provisoria condición exigible a los "clásicos". Pero, siguiendo esa fértil elaboración, otras "felices complicaciones" (expresión de Gerratana) enriquecen el problema de la recepción de los Cuadernos de la cárcel, que hacen a su misma forma. Esto es, su carácter de obra incompleta, obra no terminada en el sentido de "estar lista para la imprenta". Es obvio que Gramsci no hubiera publicado la obra tal como la dejó, en realidad una compleja construcción de fichas de lectura, reseñas, ayudas de memoria, reflexiones libres y ensayos sintéticos de distinto grado de elaboración. Este es el sentido inmediato de su carácter de incompleta. Podríamos también hablar de borrador, singularmente más fragmentario, incompleto y aparentemente inconexo que los célebres Grundrisse de Marx. Y en este sentido, los Cuadernos publicados en su integridad y en su orden inicial de composición constituyen una magnífica "cantera de trabajo" (otra expresión del ensayista citado), tanto para seguir el proceso de elaboración del autor, para lo cual es esencial la referencia al productor de la edición crítica,⁵ como para desarrollar la ingente cantidad de temáticas más o menos particulares que se indican o de líneas teóricas más generales a veces apenas esbozadas que se desprenden de los textos gramscianos. Esta condición de inconclusa puede presentar, entonces, un carácter circunstancial, casual es la expresión utilizada por Gerratana, derivada de las condiciones de elaboración -del entorno inmediato e internas, estas últimas en el sentido comentado por el mismo Gramsci de la situación carcelaria prolongada operando sobre el autor como lima refinada de la función intelectual- y de la muerte misma impidiendo ponerla a punto. Terminada, en el sentido convencional.

Pero hay otra no conclusividad, en un sentido mucho más fuerte, de potente valor heurístico y connotaciones hermenéuticas complejas, a la que Gerratana califica de necesaria, estructural. Ambas no se oponen, sino que operan en niveles distintos. En esta segunda acepción, la no conclusión de los Cuadernos apunta al carácter dialógico de la mentalidad filosófica de Gramsci, a su autopercepción como "filósofo democrático" -expresión de Gramsci que debidamente desarrollada podría tener una importancia paralela a la de "intelectual orgánico"- con una relación social activa respecto de la renovación cultural, enmarcada en la concepción pedagógica de la influencia mutua entre maestro y alumno, y en las recíprocas modificaciones entabladas entre el reformador y el medio sobre el cual ejerce su acción. La forma incompleta de los Cuadernos es funcional con el aislamiento carcelario en el que fueron elaborados, marca la paradoja en la que se instala necesariamente el intento de Gramsci, la de un pensamiento articulado sobre el diálogo, pero que se hace efectivo en un diálogo suspendido, planteado desde la soledad de la prisión, paradoja asentada en el hueco de la ausencia del interlocutor que idealmente controlaría y corregiría el resultado obtenido. Lo provisorio del texto, en consecuencia, es estructural, sólo concluiría con la interacción a la que está destinada, necesariamente diferida y problemática por las condiciones mismas en las que se realiza. Y también, en una flecha que apunta a una dimensión que nos excede aquí, el sentido epistemológico mucho más profundo aún que adquiere lo fragmentario e inconcluso como instrumento esencial del pensamiento crítico, opuesto a lo sistémico, que tanta importancia tiene en la dinámica interna del marxismo y del conjunto del pensamiento del siglo veinte, y que tan rotundamente señalara Oscar del Barco en relación a Marx.⁶

Los lectores de Gramsci en español se beneficiaron de una temprana traducción de su obra. Inicialmente se publicaron las Cartas desde la cárcel (Lautaro, Buenos Aires, 1950), a iniciativa de Gregorio Weinberg y con prólogo de Gregorio Bermann, reconocido

intelectual progresista que había participado en la Reforma universitaria de 1918. Impulsada por Héctor P. Agosti, un destacado intelectual del Partido Comunista Argentino, se publicaron cuatro volúmenes traducidos de la serie italiana de los Cuadernos: El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce (traducción de Isidoro Flaumbaum, prólogo de Héctor P. Agosti, Lautaro, Buenos Aires, 1958), Los intelectuales y la organización de la cultura (trad. de Raúl Sciarreta, Lautaro, Buenos Aires, 1960), Literatura y vida nacional (trad. de José Aricó, prólogo de Héctor P. Agosti, Buenos Aires, Lautaro, 1961) y Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno (trad., prólogo y notas de José Aricó). Posteriormente, Juan Pablos Editor, en México, reprodujo facsimilamente a mediados de los años setenta esta edición de Lautaro, agregándoles los dos volúmenes restantes: Pasado y Presente (trad. de Gabriel Ojeda Padilla, México, 1977) y El Risorgimento (trad. y notas de Stella Mastrangelo, México, 1980), siguiéndole numerosas reimpresiones. Agosti, un gramsciano inicial que merecería un estudio detallado de su obra, resultaría un orientador de un grupo -al que luego abandonó- que cumplió en los tempranos sesenta un importante papel crítico de las posiciones dogmáticas de núcleo dirigente de ese partido, del que finalmente fueron expulsados en 1963, con motivo de la publicación de la revista Pasado y Presente. Como el mismo nombre de la publicación lo indica, la inspiración de Gramsci era explícita. El principal animador de este grupo, José María Aricó -aprendió italiano, émulo distante de Sarmiento, el inglés y Shakespeare, traduciendo a Gramsci-, convertido en uno de los marxistas sobresalientes de América Latina entre los sesenta y los ochenta, ha sido el más destacado intérprete de Gramsci en América Latina, y dedicó a la cuestión de su recepción en nuestras tierras un libro imprescindible sobre el tema: La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina.⁷ En 1981 la Editorial Era abordó una notable empresa, la publicación de la edición crítica de los Cuadernos de la cárcel, traducción de Ana María Palos con revisión de José Luis González. Los dos primeros volúmenes aparecieron en 1981, el tercero en 1984, el cuarto en 1986. Interrumpida en ese año, la edición se vio completada finalmente entre 1999, año en el que se publicó el quinto volumen, y 2000, cuando apareció el sexto y último. La terminación de esta importante tarea política y cultural recibió el apoyo, como coeditora, de la Universidad Autónoma de Puebla. Los volúmenes agotados fueron reimpresos en 2001, con lo que al fin se puede contar completa en librerías la obra fundamental de Gramsci. La edición italiana que es la base de ésta, Quaderni del carcere, auspiciada por el Instituto Gramsci y dirigida por Valentino Gerratana, apareció también en seis tomos en 1975 con el sello de Einaudi, dando a los estudiosos del pensamiento de Gramsci la oportunidad de poder acercarse sin intermediación alguna al texto completo y en su disposición original, tal como se encuentra en los cuadernos manuscritos de Gramsci, con un aparato crítico de gran valor, reproducido íntegro en la edición mexicana. Podían suplantarse así, para un trabajo sobre la obra de mayor profundidad y rigor, los volúmenes temáticos conocidos, que sin embargo siguen cumpliendo el papel asignado desde su aparición, el de facilitar la inteligibilidad más inmediata del pensamiento del autor.

Al final de su vida, en los últimos años sesenta, Georg Lukács afirmaba en una conversación sostenida con Franco Ferrarotti: "El marxismo como teoría general de la sociedad ha sufrido una interrupción. Ha permanecido estacionario. Podemos decir que el marxismo, concebido como debe serlo, como una teoría general de la sociedad y de la historia, ya no existe, ha llegado a su fin hace tiempo... Nuestros análisis se han detenido, pero el capitalismo siguió evolucionando. Nos detuvimos en Lenin. Después de él, no ha

habido marxismo".⁸ Esta reflexión de Lukács contiene un diagnóstico fundamental respecto del marxismo-leninismo como ideología coagulada en sistema, operación básica del estalinismo, convertida en expresión distintiva y dominante de la específica formación estatal soviética. La devastadora influencia que esta ideología ejerció sobre el marxismo se reveló filosóficamente a través de su autismo respecto del conjunto de las principales corrientes culturales y científicas del siglo veinte, y un endurecimiento extremadamente dogmático, hasta extremos caricaturescos, de su método y su sistema categorial.

Pero hubo otro u otros marxismos, situados fuera del campo de visión del filósofo húngaro. Alvin Gouldner plantea una tesis fundamental a mi juicio para comprender la dinámica histórica interna del conjunto: "el marxismo primario [el de Marx, H.C.] contiene una 'contradicción nuclear', y esto genera y reproduce repetidamente al menos dos subsistemas limitados de teoría elaborada, a los que llamaré marxismo científico y marxismo crítico". El marxismo se postula a la vez como ciencia social y teoría de la revolución, interviene para cambiar el mundo, en una unidad inescindible de teoría y práctica política y social, tal como lo planteó Marx en su célebre tesis undécima sobre Feuerbach. "De un lado, pues, el marxismo es una filosofía de la praxis; del otro es una 'ciencia', esto es, la economía política de las leyes del capitalismo. Así, el marxismo es una conjunción, llena de tensiones, de ciencia y política, de teoría y práctica [...] De este modo, el marxismo es ambas cosas: ciencia e ideología; comprensión racional y práctica política; 'informes' sobre el mundo y un 'mandato' de hacer algo para cambiarlo".⁹ Esta tensión se desarrolla en buena medida en torno a la oposición entre voluntarismo afirmativo de la capacidad de intervención de los sujetos sociales sobre el curso histórico y el determinismo objetivista de leyes históricas de estricto cumplimiento, entre libertad y necesidad. Mientras el marxismo "científico" recibió de lleno la influencia del paradigma positivista -en particular en todo el periodo de su construcción como "visión del mundo" de los partidos socialistas de la Segunda Internacional, retomado luego como dijimos a extremos insospechados bajo el estalinismo- constituyéndose en sistema explicativo del mundo social y de la naturaleza (recordemos la Dialéctica de la naturaleza y el Anti-Dühring de Engels, varias obras de Kautsky y también Materialismo y empiriocriticismo de Lenin), el marxismo "crítico" cuestionó esta sistematicidad explicativa y recobró el reino autónomo de la política como el espacio central de la discontinuidad social, de la actualidad de la revolución como práctica autónoma de sujetos y no como el cumplimiento de inexorables leyes del "derrumbe" capitalista. La obra teórica y práctica de Lenin se sitúa precisamente en esta operación de recuperación de la política, y se inscribe -a pesar de ciertas incrustaciones positivistas visibles en la obra citada más arriba- en el gran proceso de despositivización del marxismo vigente en la Segunda Internacional cuyo centro son las elaboraciones suscitadas por la gran crisis revolucionaria a partir de 1917 y en los tempranos años veinte. En síntesis, cito nuevamente a Gouldner: "El marxismo crítico y el científico, pues, difieren en sus supuestos básicos: en sus epistemologías, especialmente con respecto al papel de la ciencia en contra de la crítica, y con respecto a sus supuestos sobre ámbitos particulares concernientes a la naturaleza fundamental de la realidad social (esto es, sus ontologías sociales). Los marxistas críticos sustentan un historicismo que pone énfasis en la fluidez y el cambio sociales, un tipo de organicismo que exige una interpretación contextual de los acontecimientos; los marxistas científicos buscan estructuras sociales firmes que reaparecen y presumiblemente son inteligibles fuera de cualquier contexto".¹⁰ El marxismo de Gramsci se inscribe en este proceso de recuperación de la dimensión crítica

del marxismo frente al imperio de la "cientificidad" y la "sistematización", y en ese sentido resulta básicamente instalado sobre el umbral de la gran operación leninista del rescate de la autonomía de la praxis. Este punto de partida de interpretación de la obra de Gramsci -contestado por muchos marxistas y no marxistas que separan en grado diverso un Gramsci "teórico de la hegemonía" del político de los consejos obreros turineses, participante de la fundación del Partido Comunista Italiano y principal orientador del mismo hasta su prisión, militante de la Komintern, diputado y luchador antifascista hasta las últimas consecuencias- fue fijado correctamente por Togliatti: el análisis de Gramsci del problema del pasaje al socialismo en Occidente -primera y durante años única tentativa valedera- es explicable sólo a partir del punto de viraje que constituyó Lenin en el pensamiento marxista.¹¹ El terreno de Gramsci es el de la revolución en Occidente, el de los problemas nuevos planteados en las sociedades con un capitalismo desarrollado plenamente, que mostró más resistencia al embate del proletariado que lo que suponían todas las previsiones, salvo la del hoy poco recordado Bernstein. Esta característica de las sociedades occidentales las diferenciaban notablemente de la Rusia zarista. Luego del sucesivo fracaso de las revoluciones en los países de Europa central y occidental, particularmente en Alemania entre 1919 y 1923, Gramsci elabora en la estrategia política la célebre analogía con la militar: el conocido paso de la "guerra de movimientos" a la "guerra de posiciones". Lenin es el teórico de la revolución, Gramsci es el teórico a partir de la derrota revolucionaria, de la "defensiva" del proletariado en una sociedad cada vez más prevenida respecto de la revolución. Por eso, Gramsci abreva en el Marx que trabaja en el marco de otra derrota: la de la revolución de 1848. Es necesario producir en la política y en la teoría sobre las dificultades para la transformación socialista que plantean las sociedades complejas de un capitalismo ya maduro, para lo cual Gramsci debió destruir el mito construido sobre la teoría y la práctica de la Segunda Internacional, es decir, pensar que el desarrollo del capitalismo no allana sino que complica al infinito las tareas de la revolución socialista. El socialismo, para Gramsci, no puede ser el resultado inevitable de la evolución del capitalismo hacia su "derrumbe" inexorable, sino que debe ser construido sobre una profunda "reforma intelectual y moral" de las masas, la afirmación de una nueva hegemonía cultural en el conjunto de la sociedad, una síntesis teórica y una propuesta organizativa totalmente nuevas. Para ello, Gramsci elabora sus grandes conceptos de estrategia revolucionaria: bloque histórico, hegemonía, papel de los intelectuales "orgánicos" y configuración novedosa del partido revolucionario, relaciones entre las distintas esferas de la actividad social, entre subjetividad y objetividad, que se contraponen a la canonización del "leninismo" tal como se operó en la Tercera Internacional bajo la dirección de Stalin.

Gramsci se formó en la disciplina de la filología universitaria y bajo la influencia del historicismo hegeliano de Benedetto Croce; conoció el pensamiento de Bergson y también las teorizaciones de Sorel respecto del papel del mito político en la movilización de las masas. Perteneció generacionalmente al periodo en el que se desarrolló la crítica al positivismo, y esta esencial complejidad filosófica es lo que le permitirá cuestionar la base metafísica del materialismo decimonónico, instaurar la primacía epistemológica de la praxis humana en la historia y establecer la rica dialéctica con el leninismo, y aun con la recomposición del pensamiento de Marx. El marxismo de Gramsci no es reducible al marxismo exegético; "Más que una fuente, Marx es para Gramsci un interlocutor permanente en un discurso dialógico colectivo que se alimenta de muchas voces, y de múltiples encuentros".¹² Es esta la base que puede proponernos una comprensión más sutil

del papel de Gramsci en el desarrollo del que Anderson llamó "el marxismo occidental".

La lectura de Gramsci hoy, reactualiza el problema de las preguntas dirigidas a un texto concebido y elaborado en condiciones radicalmente distintas a las del presente. Plantea un nuevo "uso" diferenciado de un clásico -eco del conocido libro de Portantiero sobre su presencia en el marxismo del siglo veinte- en la entrada de esta nueva época mundial, capaz de producir sentido frente a la hegemonía del pensamiento neoliberal, de ser sustento de estrategias contrahegemónicas que den respuesta racional a los crecientes problemas de la reproducción sistémica y a la incapacidad cada vez más manifiesta de las concepciones dominantes para resolver los grandes problemas de la sociedad, más allá del "escape hacia adelante" que señala el curso actual e inmediato de los acontecimientos mundiales. Ejerce también un llamado a la responsabilidad central de los intelectuales en ese diseño contrahegemónico. Y marca una dimensión ética en esa responsabilidad: más allá de tentaciones de heroicidad o martirio, sigue siendo actual el ejemplo de Gramsci que se definía con modestia a sí mismo, nada más pero nada menos, que como "un hombre medio, que tiene sus convicciones profundas y que no las cambia por nada en el mundo" z

1 Valentino Gerratana, Gramsci. Problemi di metodo, Editore Riuniti, Roma, 1997, p. XI.

2 Ibid., p. 60. Para las cuestiones relativas al contexto político italiano en relación a la primera edición de Gramsci, y la realización intelectual de esa edición, es imprescindible al cap. III de su libro: "Doppo il restauro: particolare retrospettivi", pp. 57-72.

3 María Antonieta Macciocchi, Gramsci y la revolución en Occidente, Siglo xxi Editores, Biblioteca del Pensamiento Socialista, México, 1975.

4 José Aricó, Entrevistas. 1974-1991, Ediciones del Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1999, p. 117.

5 Valentino Gerratana, Gramsci ..., cf. especialmente capítulos I. "Il restauro dei 'Quaderni': la preparazione"; II. "Il restauro dei 'Quaderni': risultati e conferme", ed. cit., pp. 3-56.

6 Oscar del Barco, El otro Marx, Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 1983; "Introducción", en Karl Marx, Notas marginales al "Tratado de Economía Política" de Adolfo Wagner, Cuadernos de Pasado y Presente, 97, México, 1982.

7 José Aricó, La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1988. Sobre la influencia del pensamiento de Gramsci en el trabajo intelectual de Aricó, véase Horacio Crespo, José Aricó, Dirección de Letras y Promoción del Pensamiento, Agencia Córdoba Cultura, Córdoba, 2001.

8 "A Final Rethinking: Georg Lukács Talks with Franco Ferrarotti", Social Policy, julio-agosto de 1972.

9 Alvin W. Gouldner, Los dos marxismos, Madrid, Alianza Universidad, 1983, pp. 27, 46.

10 Ibid., p. 53.

11 Palmiro Togliatti, "Gramsci y el leninismo" (1958), en Dora Kanoussi y Javier Mena (comps.), *Filosofía y política en el pensamiento de Gramsci*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1988, pp. 51-77.

12 Valentino Gerratana, *Gramsci ...*, p. xiv.